

CIENCIA CON CONSCIENCIA

Naudys Martínez¹

Expresar estas ideas en el marco de una pandemia que sacude al mundo con el referente de la obra de uno de los más insignes pensadores contemporáneos, se hace interesante pues se trata de relacionar hechos que cuando pudieran ser cotidianos, son eventos extraordinarios. De su parte Edgar Morín, francés de nacimiento, pero ciudadano del mundo, antropólogo, sociólogo, filósofo, Investigador Emérito del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) en fin, mundólogo en el basto y amplio sentido del conocimiento y autor de más ciento ochenta (180) títulos; se presenta en este lance como aliado de la humanidad, ofreciendo su pensamiento para escudriñar, entender y afrontar la referida pandemia.

En el transitar intelectual de Edgar Morín se presenta la obra que se reseña, “Ciencia con consciencia”, cuya primera edición data del mes de mayo 1984. Es un libro estructuralmente detallado solo para efectos didácticos ya que su naturaleza no permite la separación de sus partes; todo lo contrario, en el texto predomina el hilo conductor del investigador-investigado que observa al tiempo que se observa, que desmembrando el todo en sus partes las va uniendo hasta hacer de su obra una Obra. Esta postura Morín la plantea como la necesaria toma de consciencia que se debe asumir en cuanto a la natural actitud etnosociocéntrica que se adopta y que conculca a la sociedad y al hombre mismo.

El uso de los quiasmas en la narrativa moriniana o de frases constituidas por palabras antagónicas en nuestro mundo occidentalizado (información-desinformación [el exceso de información nos sumerge en una «nube de desconocimiento»], vida-muerte [vivir de muerte-morir de vida], organización-desorganización, etc.), hacen exclusiva una obra donde la contradicción es clave. Parafraseando el Prefacio de “Ciencia con consciencia”: *¿Cómo no concebir un mundo contradictorio, ...inacabado y descompuesto, víctima de una inmensa catástrofe, ... si es allí donde están ...sus gérmenes, su impulso, su esperanza y su primavera?*

¹Médico Veterinario jubilado en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado. Venezuela. Magister Administración Agraria. 1989, Universidad Internacional de Andalucía. España; Magister en Agroecología y Desarrollo Rural Sostenible. 1999, Universidad de Carabobo. Venezuela. Doctorado en Ciencias Sociales, Mención Salud y Sociedad.

Percibir que en el desastre que el hombre le ocasiona al mundo y en sus contradicciones reposan sus esperanzas de vida; es una de las grandezas de Morín.

La culpa no es del hombre sino de la ciencia oímos con la pasmosa naturalidad que nos brinda la escisión cartesiana objeto-sujeto, configurando el acto más atroz de irresponsabilidad tanto del científico como del ser humano en general, pues a decir del político con su florido discurso hasta el líder comunal con sus ingenuas palabras, su proceder viene dado por la norma, la técnica, la ley, en fin, por todo lo que huele a ciencia. Es el falso anonimato del cual habla Morín en “Ciencia con consciencia”: *la ciencia habla por mi boca*.

Ahora bien, si atroz es excusarse detrás de lo que la ciencia *dice*, más atroz es pensar que la ciencia *piensa*. Ella no tiene la capacidad de conocerse ni de pensarse pues no es un ente pensante. El acto de pensar es exclusivo de los animales superiores donde los humanos como entes pensantes ocupamos por un desconocido privilegio la punta de la pirámide. Ciertamente de allí y en nombre de la ciencia hemos contribuido con el bienestar de la humanidad, pero también hemos cometido los actos más inhumanos.

Se hace necesario revertir ese *error de origen* y ello pasa por la reinserción del sujeto o investigador en el conocimiento científico. Según Morín este hecho...*supone la introducción de la reflexividad consciente...* lo que vendría a ser una especie de autorreflexión: *La reintroducción del yo no es otra cosa que la reintroducción autorreflexiva y autocrítica del sujeto en el conocimiento*, lo que indica un umbral de radicalidad donde el científico ya no puede dissociarse de lo que observa y se perturba al tiempo que perturba lo que observa. Acá, la reflexión conducente de Morín: ¿Cómo hacerlo si ese YO sigue siendo el yo orgulloso que pretende juzgarlo todo, que se erige sobre la misma ciencia que edifica? Ese yo...*ya no es posible ocultarlo o desposeerlo*.

Quién sino la sociedad para descubrir ese yo que es a quien afecta trascendental error y particularmente el científico pues, practicante de la ciencia y consciente de ese proceso de autorreflexión donde su percepción del rol que juega en la sociedad es determinante, deberá ser quien defina las pautas que la comunidad científica y la sociedad en general establecerían para la generación de un conocimiento pertinente. Esto pareciera un encontronazo entre ciencia y sociedad, pero no es más que la reinserción entre ambas y que Morín refiere cuando expresa: *No carece de interés comprender el tipo de relación que se instaura entre la ciencia*

y la sociedad y cuando cita a Adorno y Habermas quienes...*exponen que el enraizamiento del conocimiento científico en una sociedad dada es indispensable para concebir la ciencia.*

Dichas afirmaciones hoy son obvias por la recursividad entre la ciencia y la sociedad a decir de Morín: ... *en este momento se ha producido un nuevo tipo de relación circular entre ciencia, técnica y sociedad. La tecnología producida por la ciencia transforma la sociedad, pero también, por retroacción, la sociedad tecnologicada transforma a la propia ciencia...* La falta de atención a estas consideraciones nos envuelve en un oscuro laberinto donde la ciencia con todo su andamiaje tecnológico y financiero atesorado en esta última centuria, no ha podido con el coronavirus, diminuto ser que emergió de sus propias entrañas y que mantiene en vilo a la humanidad.

Salta en esta idea la presencia de un ente rector que canalice estas pautas y surge el Estado a quien el ciudadano le otorga el derecho de establecer sus códigos de comportamiento incluso, la imposición de la necesidad de un autoconocimiento del conocimiento científico como parte de toda política científica. Así lo plantea Morín en diferentes pasajes de “Ciencia con consciencia”:

Estamos en una era histórica en la que los desarrollos científicos, técnicos, sociológicos, se hallan en interretroacciones cada vez más estrechas y múltiples”. “Actualmente, la ciencia se ha convertido en una institución poderosa y masiva en el centro de la sociedad, subvencionada, nutrida, controlada por los poderes económicos y estatales. De este modo, nos hallamos en un proceso interretroactivo ciencia-técnica-sociedad-Estado (MORIN, 1984, p. 35).

Una salida a estas complejas relaciones entre ciencia, técnica y sociedad y que permitan su reinscripción y retroacción, es asumir conscientemente estos planteamientos en los que a pesar de la presencia de intereses económicos empresariales y asistenciales del Estado y el papel activo de la ciencia ya reinsertos, son sinérgicos en este juego de la ciencia. Una ciencia en los términos señalados tendrá la consciencia que ameritan los tiempos por venir que avizoramos complejos, dadas las particularidades que paradójicamente la propia ciencia cartesiana ha generado. Esa ciencia que no solo separo al objeto del sujeto, que fraccionó, sino que “in situ” se focalizo en un hecho puntual y olvido las circunstancias históricas, epocales y culturales donde él ocurre.

Si con el cartesianismo científico logramos producir energía nuclear, procurar nuevos

hogares en el universo, descifrar el genoma humano; incluso desprender un minúsculo organismo pre-celular de su refugio donde había permanecido desde los orígenes de la vida para poner en jaque a la humanidad; cabe entonces preguntarse: ¿Qué pertinencia tuvieron los conocimientos científicos que condujeron a esos eventos con respecto a los ingentes problemas de la humanidad?, ¿Cómo atender el hambre, la desigualdad social, el racismo, el calentamiento global, la desertificación y un largo etcétera cuya raíz no es única y estrictamente materialista o cientificista.

La importancia de la pertinencia en el texto que se reseña, se subtitula: *La inscripción de la ciencia es cultural, social, histórica*. La ciencia debe estar inserta e imbricada en **sustemporalidades** culturales, sociales e históricas. Subrayo el pronombre posesivo **sus** pues es de destacar que la ciencia no solo está ligada a esas temporalidades, sino que en sí misma es una circunstancia social, cultural e histórica. Dice Morín:

Así, la científicidad ya no se nos muestra como la pura transparencia de las leyes de la naturaleza. Descubrimos que lleva en sí un universo de teorías, de ideas y de paradigmas, y que todo esto se halla inscrito en la cultura, la historia y la sociedad (MORIN, 1984, p. 59).

Otro *lugar* donde este hecho tiene cabida lo relaciona Morín con la observación como elemento primario del acto científico que deriva en ciencia. Dice Morín que la observación por apoyarse en instrumentos y teorías ópticas va de acuerdo a la sociedad y a la época citando a los telescopios y la teoría galileana como referentes actuales, pero que pueden alterar el campo de lo real al modificarse con el tiempo:

Hoy día, telescopios y radiotelescopios modifican el campo de lo real al ampliarlo; pronto habrá una, incluso varias estaciones espaciales con telescopio; su situación extraterrestre permitirá que aparezcan objetos celestes invisibles o insondables hasta el presente, portadores tal vez de caracteres nuevos. El desarrollo del conocimiento científico es inseparable de una tecnología, a su vez unida a una sociedad y a una civilización. La producción de nuevos medios de observación o de experimentación transforma sin cesar las condiciones del conocimiento (MORIN, 1984, p. 60).

En el marco del cuestionamiento en “Ciencia con consciencia”, se observa como cada vez más aumenta la tendencia a fraccionar. ¿Hasta dónde fraccionaremos el todo?, ¿Cuántas nuevas categorías, conceptos, leyes; en fin conocimientos vendrán con esas nuevas fracciones?, ¿Hasta dónde saturaremos el conocimiento de información?

La materia reducida a un nanómetro (la millonésima parte de un milímetro) como su nueva medida; la nanotecnología como nueva técnica de instrumentación y la nanociencia como nueva ciencia que las cobija, se constituyen en nuevas categorías y en un evidente ejemplo del fraccionamiento y reduccionismo cartesiano. Y así como en la física, también ocurre en el resto de las ciencias.

En este desmesurado afán de reducir, expresar y llevar la vida a su mínima expresión, paradójicamente surgen categorías, leyes, códigos y conocimientos como lo mencionamos, que hacen progresar la ciencia y empobrecen la vida. Y así nos dislocamos en la maraña de las redes sociales hasta *intoxicarnos* con “información” digital. ¿Quién soy?, ¿Qué hago? son preguntas donde perdemos el sentido de la vida. A lo externo gracias a la ultra especialización, vemos como el pintor ya no se comunica con el médico, el físico con el biólogo, el carpintero con el arquitecto; inclusive a lo interno de una misma ciencia, el médico especialista en neurocirugía no se entiende con el dermatólogo. En Ciencia con consciencia, Morín hace alusión a estos hechos:

El progreso de los conocimientos especializados que no se pueden comunicar entre sí lleva consigo una regresión del conocimiento general; las ideas generales que quedan son ideas absolutamente vacías y abstractas; y se puede elegir entre ideas especializadas, operacionales y precisas, pero que no nos informan para nada sobre el sentido de nuestras vidas, e ideas absolutamente generales, pero que ya no tienen ningún contacto con lo real. De este modo, el progreso de los conocimientos lleva consigo una dislocación del conocimiento [...] (MORIN, 1984, p. 70).

Y así vamos tejiendo un mundo de incertidumbres y angustias que lleva consigo el progreso y regresión al mismo tiempo y que estamos llamados a observarlos bajo la óptica de la complejidad para concebirlas como ideas que dialógicamente se encuentran y se potencian sin rechazarse; llamado este que nos hace Morín en Ciencia con consciencia:

Así pues, debo detenerme en esta conclusión provisional: el Progreso de la Ciencia es una idea que comporta en sí misma incertidumbre, conflicto y juego. No se puede plantear absolutamente o como alternativa Progreso y Regresión, Conocimiento e Ignorancia. Y, sobre todo, para que se dé un progreso nuevo y decisivo en el conocimiento, debemos superar este tipo de alternativa y concebir con complejidad las nociones de Progreso y de Conocimiento (MORIN, 1984, p. 76).

Finalmente, en el marco de las complejas realidades que vivimos y en una nube de desconocimiento y de incertidumbre producida por un conocimiento reduccionista y fragmentario y que se han constituidos en escollos para el bienestar humano, asumirlas bajo la perspectiva reduccionista del mal es agitar el caldo de cultivo donde terminaríamos consumiéndonos; bien vale la pena superar los antagonismos del conocimiento por los que nos “pasea” Morín en “Ciencia con consciencia”, trascendiéndolos mediante el diálogo y atentos a la pregunta que surge de lo desconocido como emergente fuente de información, o dicho por él: *...conocer es negociar, trabajar, discutir, pelearse con lo desconocido que se reconstituye sin cesar, pues toda solución a un problema produce una nueva pregunta.*

Referencias

MORIN, Edgar. **Ciencia con consciencia**. Editorial Anthropos, Barcelona, España. (1984).

Submissão em: 18-09-2021

Aceito em: 05-12-2021